

EL GATOPARDO

La transformación y el abismo

LUIS ANTONIO DE VILLENA

gedisa
editorial

La
PELÍCULA de
mi Vida

© Luis Antonio de Villena, 2009

Diseño de cubierta: Departamento de diseño Editorial Gedisa

Primera edición: marzo de 2009, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa

Avda. Tibidabo 12, 3º

08022 Barcelona (España)

Tel. 93 253 09 04

Fax 93 253 09 05

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com

<http://www.gedisa.com>

Preimpresión:

Editor Service S.L.

Diagonal 299, entresòl 1ª – 08013 Barcelona

eISBN: 978-84-9784-476-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

«*Non erit in Stygia notior umbra domo.*»

(En la morada Estigia no habrá sombra más conocida.)

MARCIAL, 12, 52

Índice

Dos años señeros	9
Un minuto de heráldica	23
Un destierro en París	25
El éxito polémico de <i>El Gatopardo</i>	39
El lema ilustrado	55
¿Cómo leemos?	71
Algunas escenas significativas	81
La carta	105
Visconti y el ciclo de la decadencia	111
<i>El Gatopardo</i> : íntima actualidad de la Historia	127
Ficha técnica	139

Dos años señeros

La relación del cine con la literatura ha sido uno de los temas básicos del siglo XX (el siglo del cine) y lo sigue siendo, implícitamente, aunque algunos lo crean ya resuelto o casi resuelto. Es habitual oír que una novela buena da una película mala y a la inversa: que novelas absolutamente mediocres dan películas excelentes. En España los directores de cine deben tener verdadero pánico al reciente Premio Cervantes y excelente novelista Juan Marsé (casi todas sus novelas se han llevado al cine, recuerdo *El embrujo de Shangai* de Fernando Trueba, por ejemplo) porque Marsé ha declarado a la prensa, muy a menudo, que nunca le han gustado las películas realizadas a partir de sus novelas. Nunca: la cosa es fuerte. Cabe suponer que las ha encontrado distintas o peores... Giuseppe Tomasi di Lampedusa (el autor de la novela *Il Gattopardo*) nunca pudo decir si le gustó o no la película homónima que Luchino Visconti realizó sobre su texto, porque ya había muerto cuando se publicó la novela (otoño de 1958) y, lógicamente, cuando se estrenó la película



(primavera de 1963). Uno piensa, sin embargo, aunque sea un *desideratum*, que seguramente al autor le hubiera complacido la película, porque es difícil hallar mayor respeto y compenetración con un mundo y un clima mental y mayor adecuación estética, sentimental y sensorial *inter pares*.

Es pues necesario —aunque sea brevemente— empezar por el libro y su un tanto secreto autor, al que un periodista argentino llamó (positivamente) «el príncipe perezoso».

Giuseppe Tomasi, príncipe de Lampedusa y duque de Palma de Montechiaro (1896–1957), nació en Palermo, único hijo varón de una linajuda familia siciliana. Niño retraído y melancólico, que vivió en el cuidado selecto de los palacios familiares, sobre todo en el materno de Santa Margherita, donde estaba la gran biblioteca de su bisabuelo Niccolò, la gran pasión del futuro caballero elegante, discreto y silencioso (dijo que prefería tratar a las cosas que a los hombres) será la lectura, desde las largas tardes estivales de su infancia y adolescencia en palacio, donde pudo leer, además de *El Quijote* o las *Fábulas* de La Fontaine, periódicos satíricos del *Risorgimento*, muchas novelas de



Zola y un clásico italiano y siciliano del naturalismo, *I Malavoglia* de Giovanni Verga, con dedicatoria autógrafa al bisabuelo... No parece que ese libro le interesara especialmente. En realidad, formado sobre todo en las literaturas francesa e inglesa, con pequeñas excepciones, no parece que el príncipe fuera un gran devoto de la literatura italiana, en términos generales.

A los 19 años Giuseppe Tomasi toma parte en la Primera Guerra Mundial y en la dura derrota de los italianos por los austríacos en Caporetto. Es hecho prisionero, pero logra escapar dos veces, volviendo a pie a Italia, para continuar su formación académica (se hizo abogado) en Génova y algo más tarde en Turín. Pero, en verdad, la gran vocación de este príncipe silencioso y acaso algo extranjerizante fue la lectura, sentida y analizada, lo que evidentemente le preparaba indirectamente para ser escritor, aunque la circunstancia tardó en darse. Sabemos que en los primeros años 30 colaboró con algunos artículos de crítica en una revista genovesa. Hasta 1923: eso fue todo. Poco amigo del régimen fascista de Mussolini, en esos años viajó y residió por temporadas en muchos países de Europa. Tenía rentas, indudablemente. Al final, le confesaría a su



alumno y amigo Francesco Orlando, que los dos únicos países importantes de Europa que no conocía eran Grecia y España, lo que lamentaba a aquellas alturas. En los primeros años 30, conoció en Londres a una mujer singular, de noble familia letona y estudiosa del psicoanálisis, Alexandra Wolff Stomersee, a la que llaman «Licy». En 1932 contraen matrimonio en Riga, en Letonia, y luego acuden a Sicilia a ver a la familia. Pero la duquesa Beatrice —la madre de Giuseppe— nunca se llevó bien con Licy, por lo que el matrimonio, sin hijos, fue hasta la muerte de la madre, en 1946, una serie de encuentros y desencuentros (ella en Letonia, él en Roma o Palermo, reencuentros en Londres o París) hasta que la Segunda Guerra Mundial los devuelve, para huir del horror centroeuropeo, a Sicilia. Él es llamado de nuevo a filas, pero es licenciado de inmediato al saber que era el administrador de un fundo agrícola. Para Giuseppe Tomasi la guerra fue dura, sobre todo, porque los *liberators*, como decía en inglés, los liberadores norteamericanos, habían destruido el viejo palacio palermitano de su infancia, que en vano trató de reconstruir. Aceptando otro, a la postre (que le gustaba mucho menos) en via Butera que, abandonado muchos años, había pertenecido a su



bisabuelo Giulio, justamente en quien parece haberse inspirado para el personaje novelesco del príncipe de Salina, al menos a efectos externos. Mientras arreglan el palacio, Giuseppe Tomasi, que desde la muerte de su padre en 1934, ostenta ya los antedichos títulos, pasa temporadas con un primo poeta (quizá él no sabía al principio que lo era), Lucio Piccolo, en su casa de Capo d'Orlando, en Messina. Tanto la existencia de Lucio —que conocía a algunos escritores— como que el príncipe se abriera en cafés de Palermo (a partir de enero de 1953) a un pequeño grupo de estudiantes, a los que dará cursos o charlas sobre literatura inglesa y francesa, van disponiendo el salto más que final, finalísimo, de nuestro caballero a la creación literaria. De estos encuentros surgirá su amistad con Francesco Orlando y con el joven Gicchino Lanza, que terminará siendo su hijo adoptivo, y los pequeños ensayos póstumos *Lezioni su Stendhal e Invito alle lettere francese del XVI*, que recogen una parte de lo que debió ser un amplio e importante saber literario.

La única aparición pública de este príncipe inédito en un evento literario (pero él seguía siendo muy silencioso) tiene lugar en el verano de 1954, cuando acompaña a Lucio Piccolo a un encuentro literario en



San Pellegrino, al norte de Italia, donde unos cuantos poetas ilustres presentaban «voces nuevas». Allí lo vio Bassani por primera y única vez, y Lampedusa vio a su relativamente admirado Montale. Aunque como luego comentó a Orlando: «Montale y Cecchi tienen el aire inconfundible de quien conoce su propia importancia: aire de mariscales de Francia». La admiración, obviamente, se mezcla con un puntito de sátira. Pero parece ser que los días en San Pellegrino Terme están en el origen inmediato de que brotasen en el príncipe las tan demoradas ganas de escribir. Según muchos, Giuseppe Tomasi comenzaría la primera redacción de *El Gatopardo* en el otoño de 1954. Como sea (hay distintos cuadernos con correcciones y cambios) la novela estaría terminada dos años después, a fines de 1956. Su discípulo y su hijo adoptivo hacen que la envíe a algunas editoriales conocidas, que la rechazarán. Para el príncipe, el más doloroso de tales rechazos fue el que llegó (casi al filo de su rápida y última enfermedad) de la casa Mondadori de parte del reconocido novelista Elio Vittorini. Más tarde dirían que fue un error y que Vittorini propuso un diálogo con el autor y no un mero rechazo. Pero esos errores, tristemente, suelen parecerse mucho...



No hubo demasiado tiempo más, a principios de 1957 al príncipe de Lampedusa se le declaró un cáncer. Fue a Roma a intentar curarse y allí murió el 23 de julio de 1957. Como había nacido un 23 de diciembre de 1896, tenía al fallecer 60 años. No vio ninguno de sus textos publicado.

El nacimiento fáctico de *El Gatopardo* quedará ligado a la editorial Feltrinelli y al nombre del novelista y poeta Giorgio Bassani. Elena Croce (una de las hijas del famoso filósofo y ensayista napolitano) envió el dactiloescrito a Bassani, a éste le encantó y decidió su publicación con un prólogo encomiástico propio, aunque en ese momento ignoraba que existía una versión algo más corregida —aunque menos pulida— y que saldría poco más tarde... Como sea, la primera edición de *Il Gattopardo* (con el prólogo de Bassani) aparece a principios de otoño de 1958, más de un año después de la muerte de Lampedusa. Será, en Italia y en otros países pronto, un auténtico *best seller* con polémica incluida: ¿quién era el desconocido príncipe de Lampedusa? Y ¿qué tipo de novela era aquella? ¿Una novela histórica, sobre la época del *Risorgimento*, de la unificación italiana? ¿O un libro mucho más moderno y que sobre tales bases iba mucho



más lejos? La polémica estaba servida, y hubo opiniones en pro y en contra. Pero en los primeros meses de 1959 se tiraba la XI edición (40.000 ejemplares) y ese mismo año la novela recibió el famoso premio Streggha.

Más tarde se publicarían sus notables *Racconti*, en especial, «Lighea», en 1961. Antes, en 1959, las *Lezioni su Stendhal*. Y mucho más tarde —en 1977— *Invito alle lettere francese del XVI*.

Pero completemos lo prometido: ¿qué tipo de novela es y qué valor literario señalar a *El Gatopardo*? Parece una novela histórica (y evidentemente tiene un fondo histórico) pero no es una «novela histórica». Quizá es una novela filosófica basada en el devenir histórico. Es una novela biográfica en no escasa medida, porque sus personajes resultan familiares a la vida del autor, y, aunque según testimonio del propio Lampedusa, el príncipe protagonista Fabrizio Corbera de Salina está física y caracteriológicamente inspirado en su bisabuelo Giulio, un ilustrado en una época tardía, parece evidente que las ideas del libro (sus íntimos conflictos, que es lo que más llama nuestra atención) proceden de las propias ideas y reflexiones del solitario Giuseppe Tomasi, príncipe di Lampedusa... Es decir,



no es una antigüedad más o menos bien hecha (como quería Vittorini, tan olvidado hoy fuera de Italia), sino una novela moderna, con cierto *pedigree* de clasicismo, más cerca de la tesis de Bassani, quien sin embargo publicó algo el original; en su versión genuina —la que se publica después— está un poquito menos retocada que en la primera edición. Un libro sobre una familia de la vieja nobleza siciliana, en un momento de revolución burguesa (con la unificación de Italia, bajo la casa turinesa de los Saboya), y con un protagonista, el príncipe de Salina, que se mueve en una ambigua posición, que termina por constituir una de las riquezas mayores de la novela: de un lado acepta que todo debe cambiar para que nada cambie (las célebres palabras de su sobrino admirado Tancredi Falconeri, casi al inicio del libro: «Si queremos que todo siga igual, es necesario que todo cambie»), lo que supone dejar paso libre a una burguesía a menudo meramente mercantil y poco ilustrada, con valores muy otros que los de la vieja nobleza, que inevitablemente se vendrá abajo. Y al tiempo, la sensación —más metafísica que histórica, aunque se amalgamen— de que adaptarse a la realidad y al devenir histórico, por prudente que parezca, no sólo no solucionará nada esencial, sino que contribuirá



a que todo empeore —a que todo sea más vulgar y más feo—, porque en el fondo el príncipe de Salina, como quizá el propio Tomasi di Lampedusa, es un fatalista, que mira el paso de la Historia y del Tiempo como una irrevocable e incontrovertible destrucción, según el *dictum* clásico «fugit irreparabile tempus», cuyo final parece el Empíreo o la Nada. El tiempo huye irreparablemente, así es que nada nos queda por hacer sino someternos, melancólicos, a ese mensaje que puede rebelarnos, pero que no podemos cambiar. Aquí yace el núcleo de toda la controversia gatopardiana: hay que asumir los cambios de la Historia, lo que nada salvará de nuestro final destino, que es la desaparición y el desvanecimiento absoluto en el tiempo de cuanto hemos amado... Cuando el caballero turinés Chevalley se va de Sicilia, desolado por la pobreza que ve y porque el príncipe Fabrizio, con argumentos en parte fatalistas, doctamente expuestos, no ha aceptado la nominación a senador del nuevo reino de Italia que venía a proponerle, el caballero piensa (en silencio), contra el príncipe, que la moderna Italia cambiará ese estado de cosas, pero, a su lado, mientras le acompaña a la diligencia, el príncipe no piensa lo mismo: «Todo esto no debería durar; sin embargo,